

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOSÉ CARVAJAL



Tuvo y tiene gran partido
como orador elocuente
y político eminente
y poeta distinguido.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Uno de aquellos, por Eduardo Bustillo.—No en balde pasa el tiempo, por Juan Pérez Zaniga.—Pallaque, por Cilia.—Desde Gijón, por José Jackson Veyan.—Historia, por Simón Delgado.—Su único hijo, por Antonio Sánchez Pérez.—Chimera y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Carratal.—La consigna, por Cilia.



DESDE PORTUGAL

Ha llegado á estas playas la *Tuna Sevillana*, que dirige el afamado violinista Manuel Carretero, y de la que forman parte diez jóvenes de buen humor, entre los cuales se distingue el pandeterólogo Manuel Castelet.

La Tuna ha visitado diferentes puntos de Portugal, siendo recibida en todos ellos con entusiasmo. En Cintra ejecutó las mejores obras de su repertorio delante de los reyes, y una alta dama, sin poderse contener, se declaró en un pasillo al segundo violín.

El Sr. Nubiola, conocido empresario y representante de la Tuna, tuvo que coger al joven violinista y llevárselo al hotel tapado con una colcha, porque la dama quería casarse con él al día siguiente por la tarde, y es lo que decía Nubiola:

—No, señor; no quiero que se me case ninguno, porque si empiezo á abrir la mano, voy á quedarme sin Tuna antes de ocho días.

Es natural que los jóvenes sevillanos consigan éxitos y utilidades, porque como tocar, tocan divinamente. Ayer dieron aquí un concierto, y los aplausos se oían en la Granja; esta noche tocarán en la *Assembleia*, y la gente se dispone á aplaudirlos y á bailar las tan acreditadas polkas de punta y tacón.

Los chicos elegantes están preparando sus galas para lucirlas esta noche en la *Assembleia*, y uno de ellos, que es portugués y está estudiando para dentista, se propone asistir con un chaquet verde botella y un pantalón blanco con rayas negras, que parece una falsilla.

Mientras los bañistas bailan en sus ratos de ocio, el mar embravecido va invadiendo toda la playa, y hay temores de que llegue hasta las viviendas de los «sencillos» pescadores. El oleaje es espantoso en estos momentos.

La gente del país acude á la playa, temiendo que ocurra una catástrofe.

El mar, al revolver la arena de la orilla, arroja diferentes objetos que se consideraban perdidos.

Delante de mí, un bañero encontró esta mañana hasta cinco monedas de cobre y un chorizo de Extremadura en estado de cristalización.

—¡Cielos! ¡Mi chorizo!—exclamó una señora extremeña, lanzándose sobre el embutido.

—¿Es de usted?—le preguntamos.

—Sí, señor, este chorizo lo perdí en la playa el año pasado.

Entre los objetos que el mar arroja figura un polisón, perteneciente á la hija de un veterinario viudo, que estuvo aquí hace dos años, y cada día perdía una cosa diferente. Hoy era un abanico, mañana una media, al día siguiente un flautín de un primo suyo, que se lo había dado en depósito mientras él se afeitaba.

Una tarde le dijo cierta señora amiga suya:

—Gertruditas, guárdeme usted esto, que me voy á bañar y no quiero que se me pierda.

Le entregó los cuatro dientes de abajo, que son postizos, y una rosca.

Gertrudis se puso á jugar con los dientes y no sabe si los me-

tió en el bolsillo, á se los entregó á un bañero, ó se los tragó distraidamente; el caso fué que cuando la señora salió del agua, ya había desaparecido la dentadura.

Pues bien, el mar la ha arrojado este año, juntamente con una trenza de pelo rubio que había pertenecido á la esposa de un procurador de Vilanova de Gaya, y ésta se la había regalado, como recuerdo, á un joven de aquí que es ventrílocuo y escribiente.

Muchas personas acuden á la playa para contemplar cómo las olas lamen los cimientos de las viviendas, y para ver de paso si consiguen alguna monedilla de cinco duros de las que el mar nos regala.

—Aquí perdí yo hace tres años una pulsera de dúblé fino que me había regalado mi esposo cuando le hicieron la operación—decía una señora.

—¿Una operación?

—Sí, señor, muy dolorosa. Le extrajeron un bulto que le había salido en la espalda, á consecuencia de una cuestión que tuvo con un sereno; pero le operaron divinamente.

—¿Quién? ¿D. Federico Rubio?

—No, señor; un hojalatero de Barbastro que se dedica á las operaciones quirúrgicas por pura afición. Días atrás le sacó el estómago á una cuñada suya que padecía de flato.

—¿Y se puso buena?

—¡Quiá! Se murió á los cinco minutos; pero la operación salió perfectamente, tanto que él cogió el estómago y se lo entregó á la madre de ella, para que lo pusiera encima de la consola de la sala, dentro de un fanal.

La pulsera de dúblé no ha parecido, pero en cambio, el mar acaba de arrojar en este momento el sombrero de teja de un sacerdote que jugando el año pasado en la playa perdió dicha prenda, que ha sido respetada por los peces, creyendo sin duda que era un ballenato vestido de luto.

Continúa el mal servicio de correos y telégrafos.

Un telegrama puesto ayer en Vigo á las ocho de la mañana, llegó á mis manos hoy á las diez y media. ¡Veintitantas horas de viaje!

Yo dije al ordenanza cuando vino á traérmelo:

—Otro día, no se moleste usted en venir. Cuando reciban ustedes otro telegrama, pueden guardárselo en el bolsillo y el día que me vaya me lo dan ustedes. Cuando yo tenga que telegrafiar mandaré un propio, y llegará seguramente antes que el telegrama...

¡Después nos quejamos del servicio de España!

Los empleados españoles son unas locomotoras al lado de estos señores.

LUIS TABOADA.

UNO DE AQUELLOS

Este es el mismo marido de aquella Pilar Azares que al ir á salir de virgen, entró á ser virgen y mártir.

Casó la triste en un lunes peor para ella que un martes, pues ya en su noche de bodas vió, con la luna en menguante, la miel de acibar cubierta, trocado amor en desaire, el vivo fuego en ceniza, la dulce paz en combate.

Cariño ofreció en su mano, y él sólo vió los caudales; y corridas de *buey sultis* en campos de libertades.

En su altar se está la virgen de su guarda con el ángel, y el marido corre el mando visitando otros altares, de iglesia *gringa* en garitos, tirando el oro á lo grande, ó de *la Azca* en serrillos con olor de lapanares.

Y mientras ella á Dios pide que su burlador se canse, y que su dicha comience aunque su doté se acabe; escándalos que ella evita el los da con tal talante,

que el mundo olvida á la santa y el mismo demonio aplaude.

Acaso pase por tonta cuando ni por buena pase y, lejos de ella, el verdugo á su costa triunfe y gaste.

Y ahí le tiene asté á estas horas con jaleadores tales, que es un gracioso bandido con su coro de ruñanes.

¡Tira el oro en el tapete! Pues es generoso alarde.

¡Paga banquetes! ¡Qué espléndido!

¡Compra el amor! ¡Qué arrogante!

¡En San Sebastián no juegan!

Pues pasa el hombre á Biarritz, y la frontera traspasa su torpe libertinaje.

No faltan honradas gentes que celebren sus arranques,

y el Catón que de él murmure saludará cuando él pase.

¡Derrama el oro que roba! En estimación lo gane.

Á virtud que calla, olvido, y gloria al vicio que olvide.

Bien se está en su altar la santa de su guarda con el ángel; que el diablo va hacia su ruina y él caerá de sus alares.

EDUARDO BUSTILLO.

¡NO EN BALDE PASA EL TIEMPO!

Después de haber pasado
tres lastras ó algo más den Blas Flamada
sin saber de Lucía,
á la que quiso con pasión un día,
recibió una misiva cariñosa
de Lucía, fechada en Valmojado,
pidiéndole perdón por cierta cosa,
y además del perdón, doscientos reales
justitos y cabales,
y enviándole en ella sin recato
dos flores y un retrato
con una original dedicataria
que no se me ha quedado en la memoria.

¡Con qué interés el hombre
de Lucía el retrato contemplaba
bendiciendo su nombre!
¡Y cómo, contrariado, suspiraba
cada vez que veía
las huellas de los años en Lucía!
Sorprendió una vez al desdichado
diciendo ante la efígie, exasperado:
«¡Lo veo y no lo creo!»
«¡Cómo, cómo ha variado, Virgen santa!
Su rostro, antes hermoso, es hoy tan feo!»
«¡Si la expresión de su vejez espanta!
La nariz, que era gritega hace diez años,
se le ha puesto lo mismo que una alcaña.
Si hasta su blanca frente
que, tersa y trasparente,
era envicia de propios y de extraños,
hoy parece una libra de merluzal.
Si sus ojos son ojos de lechuzal
y sus largas pestañas
se han marchado de juerga, se conoce,
pues no le quedan ni siquiera doce!»
«Si tiene una verruga entre las cejas
y en forma de babuchas las orejas,
y ostenta en su cabeza reluciente
cuatro pelos ó cinco solamente...»

En fin, el pobre Blas, poquito á poco,
pensando en ello se volvía loco,
y un mes trascurría
cuando esta carta le escribió Lucía:
«Querido Blas: Es tal mi chilladura,
que creo te he mandado,
en lugar de mi efígie, la del cura
que nos dice la misa en Valmojado.»

JUAN PÉREZ ZÓSIGA.

PALIQUE

¡Pobre Jovellanos! Desgraciado él, desgraciada su estatua.
No diré yo que á D. Gaspar le hubiera encendido su madre, en
calidad de *torvera* (1); lo cual significa, en el lenguaje poético de
Jove Tabacalero, que no diré yo que D. Gaspar haya sido un
genio, lo que se llama genio; pero sí un hombre eminente, de
los más útiles á su patria, de los más nobles y simpáticos, de
los más inteligentes y activos: un verdadero precursor y un di-
ligente iniciador.

Pocos hombres de la edad contemporánea habrá á quien deba
tanto una nación como á Jovellanos su patria. Pues bien, á un
hombre así, no le levanta una estatua España hasta ochenta
años después de dejarle morir poco menos que olvidado. Y
esa estatua no se debe á una gran iniciativa, sino á la iniciativa
más pequeña que cabe; á la de un Sr. Vallín y Bustillo, autor
de una aritmética para niños y de una porción de casas en la
calle del Arsenal; una de las primeras hormigas de nuestra *se-
gunda enseñanza*; el inventor de unas *hojas de estudio* que sirven
para volver locos á los catedráticos mientras examinan, y ha-
brán servido á algún impresor para hacer unos cuartos.

Si; esto de que Jovellanos no tenga una estatua hasta que se
le ocurre á Vallín y Bustillo es una gran tristeza.

¿Y de quién es la estatua? Sin duda de algún artista respta-
ble. Pero ¿es una obra maestra? De ningún modo. ¿Debió ser-
lo? No cabe duda. ¿Y cuál es el medio de alcanzar mayores pro-
babilidades de que una estatua de encargo resulte una obra maes-
tra? Encargársela á un maestro, á un gran escultor. ¿No había
bastante dinero? Pues debía haberlo.

¿Y qué debió hacer el Gobierno para dar la solemnidad debida
al acto de descubrir la estatua de Jovellanos?

Una de dos: ó encomendar la presidencia de la solemnidad á
las verdaderas grandezas nacionales, no de oficio, por ejemplo, á
un Castelar (un grande hombre á quien España jamás ha consa-
grado todavía un gran honor, reservándose sin duda para el
día del entierro), al asturiano más ilustre entre los vivos, Cam-
poamor (y perdón Jove)... ó conservar para la representación
directa del Estado el honor insigne y pedir á la reina que per-

sonalmente acudiera á la augusta ceremonia. ¿Para qué sirve el
poder moderador si no sirve para estas cosas?

Si; de guardar para sí el Estado la presidencia del acto, debió
presidir la reina, sin delegación de ningún género.

Carnot, el rey de Italia y otros jefes de Estado se pasan la
vida de la ceca á la meca inaugurando cosas; la reina Cristina
ha echado al agua barcos; y no es menos Jovellanos que uno de
esos *terrores dos mares* que en cuanto se mojan no pueden con el
retina.

Pero suponiendo que la reina, por razones que no me expli-
co, no pudiera presidir, llegado el caso triste de la desairada de-
legación... ¿por lo menos no ir á delegar en un tartamudo, que
además dice *Pagnis y coguetega!* Si, señores: el delegado de la
reina es un señor conde de Revillagigedo, que entre él y un cu-
ñado que tiene no son capaces de pronunciar una erre doble.

¿Y á un hombre así *me lo delegan!*

A mí el conde ese no me ha hecho nada bueno ni malo; pero
él mismo confesará que es muy poco hombre para presidir so-
lemnidad tan grande.

¿Quién tuvo la culpa? Pidal. El que tiene la culpa de todo lo
malo que pasa en Asturias.

De delegar, ¿por qué no delegó la reina en Pidal mismo? Al
fin, Alejandro es guapo, viste bien, habla con elocuencia, es
un personaje, hijo de una eminencia asturiana... y disfruta,
aunque sin merecerla, la más alta magistratura popular.

Pero Pidal es de los que se van al grano: ya no le seducen las
pompas y vanidades y prefirió hacer comisario regio á su com-
pinche Revillagigedo, para tenerle contento con un poco de oro-
pel y sin malgastar ni un estancillo. Y á Jovellanos que lo
parta un rayo.

Para quitar más solemnidad al acto se convino en dar un
desaire á los diputados y senadores de la provincia. Claro, tra-
tándose de un Jovellanos, que ante todo fué un patricio, un
hombre de Estado, ¿qué pito tocaban los representantes políti-
cos del pueblo? Y, en efecto, se les dijo que para ellos no había
puesto oficial en la ceremonia... y es claro, ellos no fueron,
porque no sabían ni dónde ponerse.

Y, por último, para que la ceca fuera lo más cursi posible, se
metió en el programa de festejos unos *jugos florales* con jarro-
nes y todo, y con señoritas reinas temporeras del cotarro.

Y... después de lo último: se encargó un himno en honor de Jo-
vellanos al más empecatado covachuelista del reino, á Plácido
Jove, uno de los vertebrados menos líricos y más sinuosos de la
creación. Y claro, ese Jove empieza llamando severo á D. Gas-
par; y gracias que no le llamó Severino para hacer *copla* con
Jovino.

Honor al severo...

Pero ¿quién no ha leído y saboreado el himno del estanco,
debido á los callos y ojos de gallo del acreditado pedicuro Jove
y Hevia, de la vuelta de abajo?

Muchos poetas malos hay en la Península, pero ir á dar á Jove,
esa torre de Pisa, de un solo piso, es gana de mortificar á Jove-
llanos. Es de advertir que Jove pertenece á la familia, según
me dicen, de uno de los mayores enemigos de D. Gaspar... ¡Y
claro, continúa la ojeriza y la persecución! Los pecados y los
himnos de los padres pasan á los hijos hasta la quinta genera-
ción ó degeneración...

Honor al sombrero,
bombín entrecano,
que gasta en verano
Júpiter astur.
Y viva la gracia
y viva el salero
del tabacalero
que es gallo... y albur.

En fin, para hablar del himno de Jove llego tarde. Me limito
á unir mi voz al grito general de indignación pidiendo la cabeza
del autor.

Es claro que no todo estuvo mal en las fiestas dedicadas á Jo-
vellanos. Pero por culpa del gobierno y sus satélites no quedó.

Hubo en una de las funciones accesorias un magnífico dis-
curso de Félix Aramburu, que entusiasmó de veras al concurso.
Pero esto no se debe á los organizadores de la fiesta, sino á la
Providencia que hizo gran orador al rector de la Universidad de
Oviedo.

También habló con elocuencia, en otra función... Alejandro Pi-
dal. Pero vaya una gracia. El caso era que hubiese estado elo-
cuentísimo el comisario regio, el representante del poder, ó de
la *poderosa moderadora*.

Pero ¿cómo había de hablar Revillagigedo? Antes hablaba la
estatua.

Además, ¿qué había de decirle el conde á la estatua que ella
no supiera?

¡Pobre Jovellanos! ¡Siempre perseguido por la reacción!

CLAVIN.

DESDE GIJÓN

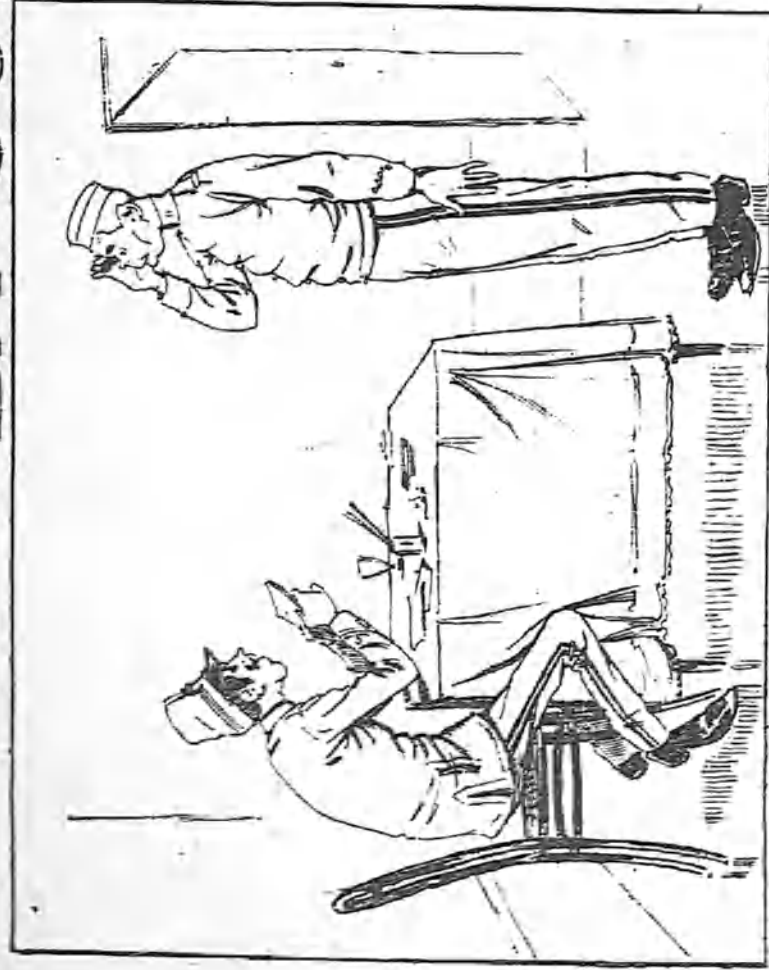
(UNA INTERVIEW CON PELAYO)

En Gijón conmigo di,
por Pelayo pregunté,
cerca del puerto le vi,

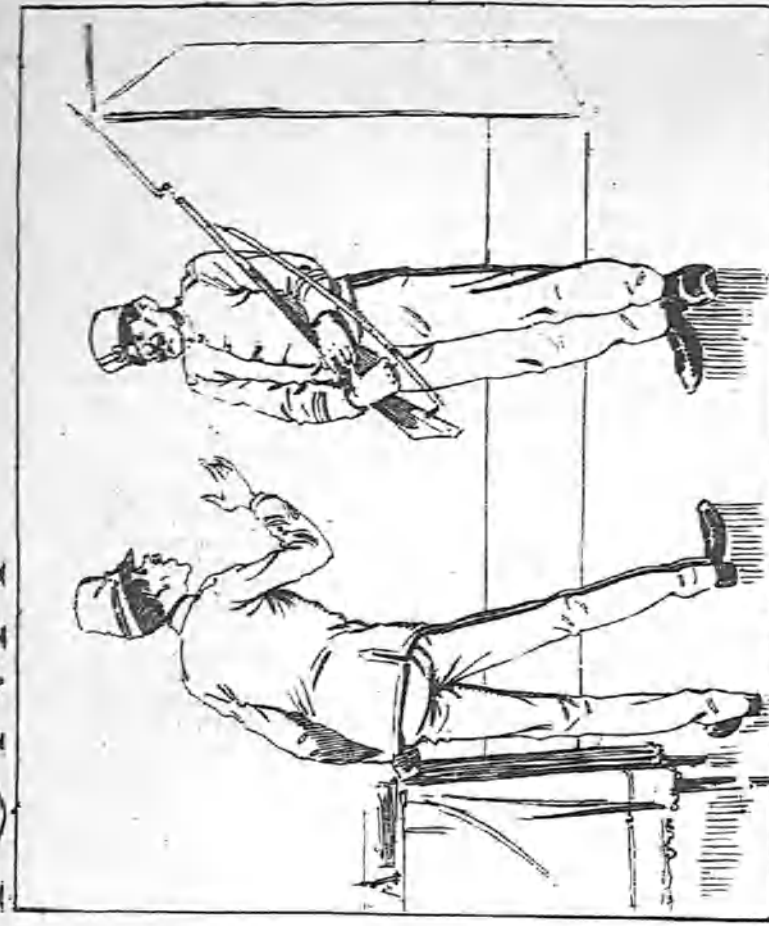
con respeto me acerqué
á la estatua y dije así:
—¡Ah del cuadillo leal!

(1) El genio, según Jove y Hevia, «es un fero que enciende una costra.»

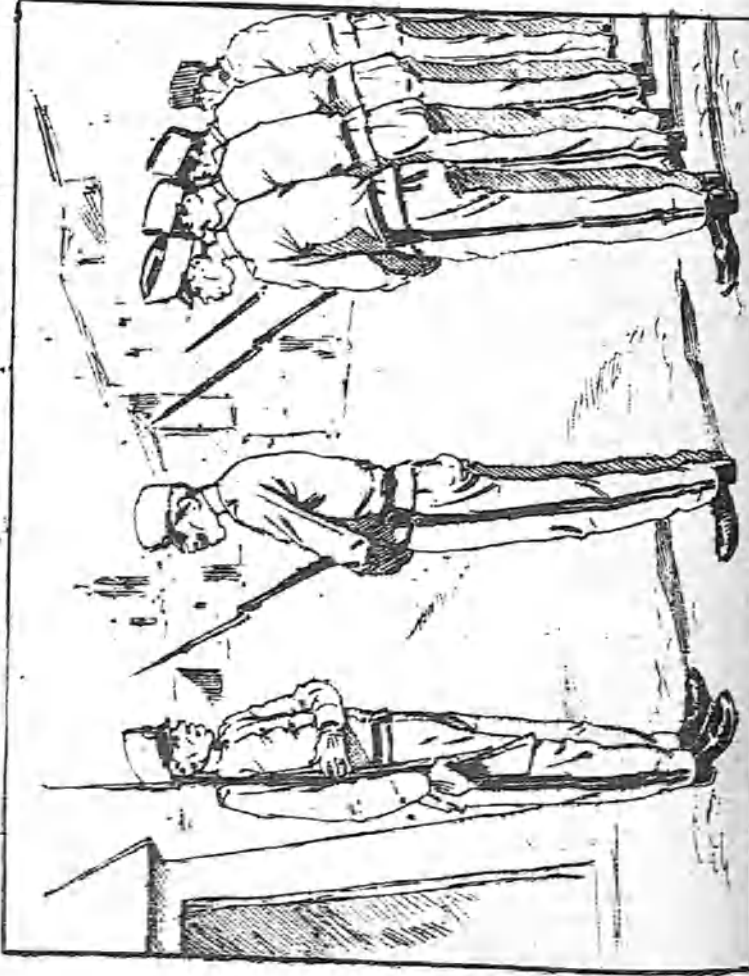
LA CONSIGNA



«Por si los perturbadores del orden quisieran aprovechar la aglomeración de gente durante la feria, redoblará usted las precauciones, por la noche especialmente.»



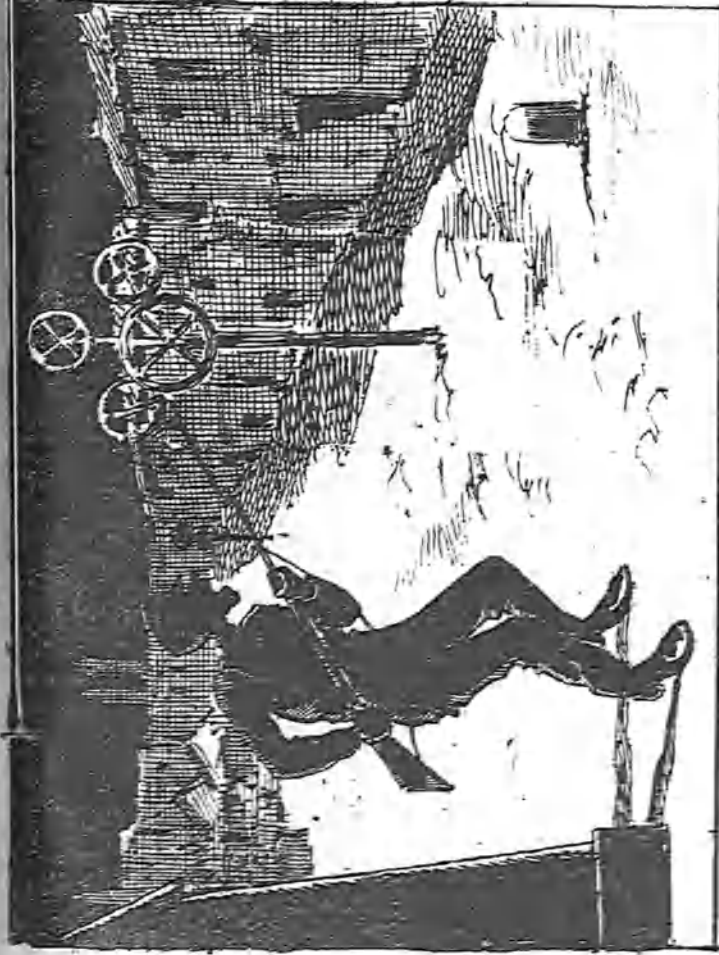
«A ver, sargento; coloque usted esta noche un centinela más en la plaza donde mañana han de celebrarse los festejos públicos.»



«Tras veces el quién vive a todo el que suome por la plaza, y si no contesta... ¡fuego!»



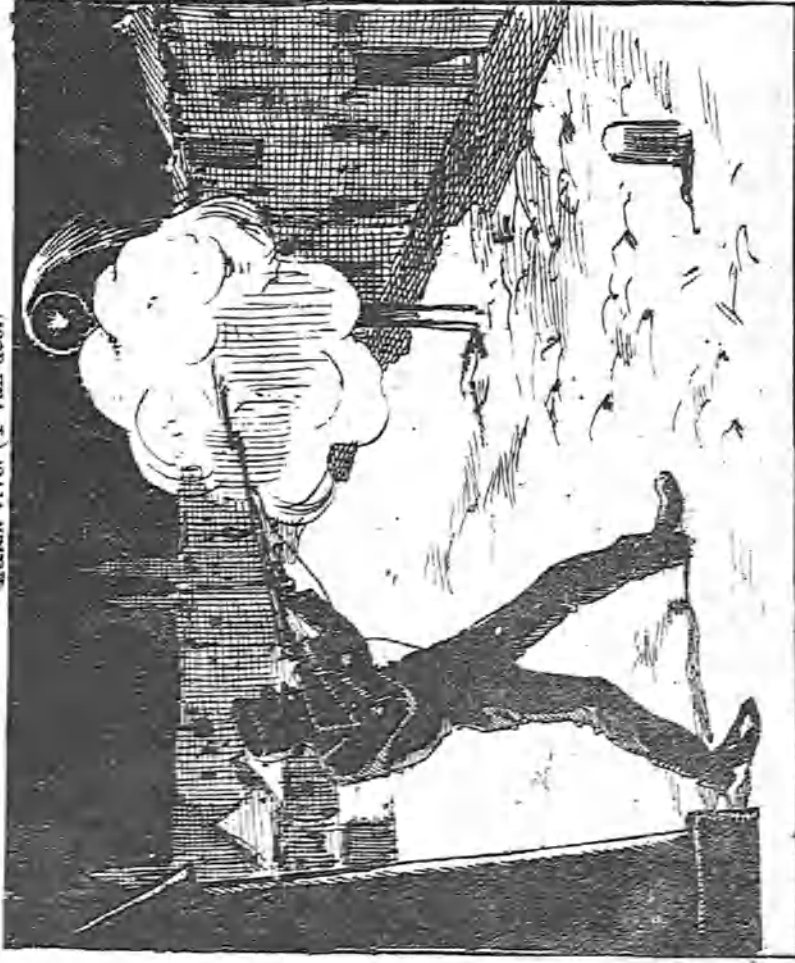
«¿Quién vive? (Y va uno.)»



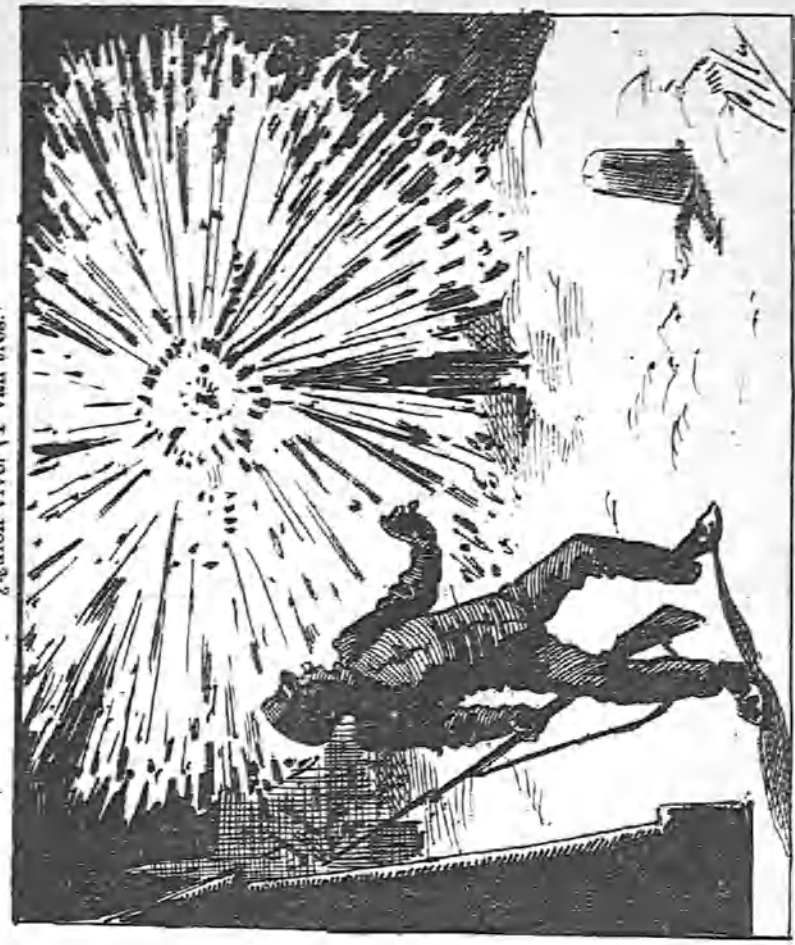
«¿Quién vive? (Y van dos.)»



«¿Quién vive? (Y van tres.)»



¡Pum!



«¡Cabo de guardia! ¡Un batallón haciendo fuego!»

que alar la cristiana enseñal...
 —¿Qué quieres, simple mortal?
 —Que hablas desde el pedestal,
 si no eres de bronce ó piedra.
 —Barro he sido y bronce soy,
 que con antiguos cañones
 mi estatua fundieron hoy;
 pero si contestarte voy,
 porque me soltran razones.
 Habla, que punto por punto
 he de confirmarte al asunto
 y oírás cosas muy graciosas,
 porque me han pasado cosas
 que hacen hablar á un difunto.
 —¿Con ese puesto de honor
 no te hicieron gran favor?
 —¡No! La fama irreverente,
 al subirme en una fuente,
 me transformó en aguador.
 ¡A esto la gloria me trajo!...
 —No hay stajo sin trabajo.
 —Es que padesco reuma
 y, francamente, me ultrama
 tener el agua debajo.
 Juro que, como á mi mal
 Dios el remedio no ponga,
 desde el alto pedestal
 dor un saltito mortal
 y me vuelvo á Covadonga!
 —Clavado estás en tu asiento.
 —¿Tengo el carácter violento,
 y, si un día me incomodo,
 cargo con el monumento
 y me voy con fuente y todo!
 —Veo que estás enfadado...
 —Mi majestad fan bollado,
 pues no consiente la ley
 que traten á un magistrado
 con más respeto que á un rey.
 Amigo de don Gaspar,

no le pretendo ultrajar,
 pero que le den á él
 todo el bombó y el laurel
 es ya mucha fastidiar.
 Cuando á dos honrar se intenta,
 el pueblo lleva la cuenta
 de coronas, si por Dios:
 ¿no le da á Pelayo dos
 y á Ferrillana cuarenta!
 Yo discorro sin tino:
 ¡si él dió una ley en su abono
 y dió de honradéz ejemplo,
 yo le di á Asturias un trono,
 y fe al alma y cruz al templo!
 Don Gaspar, mi buen vecino,
 que es hombre de mucho tino,
 sé que no se metió en eso,
 y el laurel á mí, confieso
 que no me importa un pepino.
 Pero preguntás prudente
 y contesto complaciente,
 aunque el desaire me irrita,
 pues comprendo que no quita
 lo cortés á lo valiente.
 —A la *interviu* pongo tasa,
 y en tus noticias confío
 si es que algo nuevo te pasa.
 —Ya sabe usted, señor mío,
 adónde tiene su casa.
 —Adiós, ilustre guerrero:
 molstarle más no quiero.
 —He tenido un gran placer...
 —Don Pelayo, hasta más ver.
 —Usted mande, caballero.
 Él se quedó en el pilón
 sólo con su indignación,
 la fuente siguió corriendo,
 y yo me marché diciendo:
 ¡Pelayo tiene razón!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

HISTÓRICO

—¿Está el señor Gutiérrez?
 —En la cama.
 —Pus le va usted á decir que se despierte,
 que hay aquí un caballero que desea
 decirle unas palabras.
 —¿Son urgentes?
 —¡Más urgentes que el verbo, vamos, hombre!
 y le interesan al señor Gutiérrez.
 —¿Cómo se llama usted?
 —No me conoce,
 pero dígame usted que está Vicente,
 el hermano de Pepa la aguadora,
 que es fácil que á la Pepa la recuerde.
 —Síéntese usted. ¿Qué ocurre?
 —Caballero,
 en tocante al honor de las mujeres,
 una mancha que cae es una mancha
 que se corre lo mismo que el aceite,
 y los hombres de agallas las debemos
 de lavar con la sangre, si se puede.
 —No entiendo una palabra.
 —Muy sencillo:
 que el hombre se acalora casi siempre,
 y no sabe lo que hace, y luego ¡tahlas!
 ahí te quedas con eso, ¿usted comprende!
 —Tampoco.
 —Pues estoy here dos horas
 hablando como un libro, me parece.
 Yo soy hermano de la Pepa, ¿estamos?
 y así la ha seducido malamente,
 y la ha vuelto la espalda, de manera
 que ha quedado usted mal, y usted dispense.
 La familia es sagrada, usted lo sabe,
 y el honor es sagrado. Tengo poderes
 pa arreglar la cuestión, y yo la arreglo,
 ¿pus vaya si la arreglo! y tres más, nueve!
 —Pues bien, hablemos claro, señor mío;
 niega la seducción rotundamente:
 si ha habido un engaño, ¡sé este cura
 que se dejó pescar como un pelecillo:
 ella fue la que quiso conquistarme...
 —También può ser verdad.
 —¡Naya si puòde!
 —¿Me da usted su palabra?
 —¡Ya lo creo!
 —Pues hemos acabado, señor Gutiérrez:
 ¿qué quiere usted mi hermana es tan panoli

que no sabe lo que habla, ¿usted me entiende?
 ¡Y yo estoy más quemado! ¡Por causa de eya
 me ha pasado esto mismo quince veces!

SINOPSIS DELIBADO.

SU ÚNICO HIJO

Valiente cinco minutos de lectura, cinco minutos
 de lectura.
 (Fé Pedro, Cuba, 1895)

¡Valiente chasco me ha dado Leopoldo Alas (*Clarín*) con la novela *Su único hijo*! Es decir, el chasco no me lo ha dado *Clarín*, que culpa tiene él de eso, me lo he proporcionado yo á mí mismo leyendo atentamente y muy despacio el nuevo libro del autor de *La Regenta*.

Observen ustedes que he dicho ¡valiente chasco! y no chasco pesado—ó *chascunquie pesadum*, como decía, hace ya muy cerca de ocho lustros, el inolvidable *Padre Cobas*.—La verdad es que, ni la lectura del libro me ha parecido pesada, ni me pesa del chasco...; pero que me lo he llevado, y de los buenos, es exacto de todo en todo.

Ha dado *Clarín* en decirme, cuando la ocasión se le presenta, que soy excesivamente benévolo; que me parece bien todo lo que leo; que me paso la vida elogiándole, y otras cosas por el estilo. Yo que, como uno de los personajes de Bretón de los Herreros, *tengo acá mi valor*, aunque no sea precisamente el del martirio, se las tenía juradas á mi antiguo compañero de redacción, en *El Solfeo* y en otras tragedias, y había adoptado el firme propósito de que, al publicarse un libro de *Clarín*, me las pagase éste todas juntas.

De que el libro había de ser bueno estaba yo seguro, y acerca de este particular no se lisonjaba mi deseo de venganza; pero decía yo para mi sayo: «Por bueno que ese libro sea, algo malo tendrá, y si me propongo encontrarlo y con detenimiento lo busco, está claro que daré con ello, y entonces, una vez realizado este maquiavélico plan, pegaré á *Clarín un palo*, haciéndole comprender que se lo pego para que vea cómo no soy benévolo sistemáticamente y cómo no me paso la vida elogiándole.»

Pues bien, llegó á mis manos *Su único hijo*, me apoderé del libro con ansia, como se arroja sobre su presa una fiera hambrienta—yo no lo he visto, pero me figuro cómo lo hará.—deveré aquellas páginas: llegué á la última y, al cerrar el tomo, me encontré con la novedad de que mis pesquisas habían sido infructuosas. No me desanimó este fracaso: comprendí que la obra me había interesado; que embebecido yo al seguir el desarrollo de la acción, sencilla en sí misma, pero amenizada por variados incidentes, no había fijado mi atención de crítico implacable y de juez severo en los defectos graves que el cuadro tenía indudablemente; comencé, pues, la segunda lectura, y bien sabe Dios que llevé á cabo con toda escrupulosidad el registro: por segunda vez me hallé chasqueado. Poco malo podía yo decir, en justicia y en verdad, de *Su único hijo*; pero, en verdad y en justicia, si podía y debía decir mucho bueno. Renuncié, pues, sin gran dolor, lo declaro francamente, á mis propósitos de venganza, y aplacé para mejor ocasión lo de *pegar el palo á Clarín*, que si no quiere que yo le elogio, ha de principiar él por no escribir libros tan bien concebidos y tan admirablemente pensados como *Su único hijo*.

En medio del desencanto que en mi ánimo produce esto de no saborear la venganza, ese manjar de los dioses, como alguien la ha llamado (no recuerdo quién), siento allá, en los repliegues más ocultos de la capa en que se oculta mi amor propio, la satisfacción del que ve realizadas punto por punto sus profecías, á despecho del adagio que dice: «Nadie es profeta en su tierra.» Hace ya muy cerca de diez y siete años, cuando *Clarín* comenzaba á darse á conocer, hablábase en un círculo semi-político, semi-literario, de los escritores que *se iban* y de los que *venían* para sustituirlos. No faltaban allí, ¿cómo habían de faltar? *verdaderos temporales*, para quienes todos los que habían desaparecido ya eran poco menos que genios, y todos los que entonces nacían á la vida pública poco más que mentecatos. Negué en absoluto exactitud á tan absurda aseveración, pues no he sido nunca de aquellos para los que cualquier tiempo pasado fué mejor;

nombré, para vigorizar mi negativa, á Luis Taboada, Armando Palacio Valdés, Ricardo Becerro de Bengoa, Ensebio Sierra, Segovia Rocaberti, Sánchez Ramón y algunos otros escritores. noveles por aquel entonces, y que prometían ya lo que después han cumplido con creces: mencioné entre ellos á *Clarín*, de cuyo lenguaje y de cuyo estilo comenzaron casi todos los presentes á decir horrores; yo les dejé decir cuanto se les ocurrió, y respondí solamente que aquel escritor primerizo, como tal inexperto, no formado aún, y por consiguiente sin estilo, valía más que todos nosotros, y que muy pocos años después sería uno de los primeros literatos de España. El recordar esto me produce contentamiento que debe de parecerse al que produce á los militares viejos hablar de las *funciones de guerra* en que tomaron parte y de las heridas que recibieron y de las cicatrices que llevan: en mis historias no hay heridas, ni cicatrices; pero sí hay batallas, y triunfos y derrotas y glorias y fatigas, más de éstas que de aquéllas, y las recuerdo con gusto.

Clarín es hoy lo que sabía yo que había de ser, y un poco más aún; porque yo no adiviné, ni era fácil que adivinase, sus excepcionales dotes de novelista, que acaso él mismo desconocía hasta hace pocos años.

Su único hijo, más que obra de entretenimiento, es un libro de estudio; pero libro admirable, labor de maestro.

La novela, por lo que de su lectura se desprende y por lo que a la terminación se vislumbra, es solamente un fragmento de no sé qué grandioso edificio que *Clarín* está levantando ó acaso tiene ya levantado en su fantasía. ¿Terminará la obra? ¿La dejará incompleta?... Muy de veras sentiría que *Clarín* se enojase conmigo porque me inclino á creer lo segundo... y será lástima que acierte, porque el cuadro es hermoso, el lienzo grande, y las figuras que hasta ahora nos ha presentado el autor, maravillosamente dibujadas y prodigios de colorido y de movimiento: la *tipte*, el *tenor*, el *baritono*, son tres retratos de tamaño natural que honrarían al retratista más hábil; aquel tenor Mochi, mezcla de rufián y de caballero de industria, es de lo más acabado que he visto en la literatura novelesca; aquel baritono buen mozo y mal hombre, seductor de guardarropía, sin noción del decoro, ni sombra de vergüenza, puede colocarse —y no desmerecerá ciertamente— al lado de las mejores concepciones que tanta y tan merecida fama han dado á Daudet. Pero las mejores figuras del cuadro, las que me parecen más originales y con más novedad presentadas, son las de Emma y su marido; aquellos dos personajes son, por sí solos, dos estudios completos; es muy difícil hacer algo igual, me parece imposible hacer nada mejor... Pero voy á meterme en honduras y, por ahora, no se trata de eso; quizá, si tengo mimbres y tiempo, diga yo alguna vez todo lo que pienso de *Su único hijo*; por hoy solamente quería decir á su autor que tenía intención (y persevero en ella) de pegarle un palo para que dejase él de llamarme *Pangloss*; pero que no me ha sido posible dárselo por ahora, y que si él continúa escribiendo, y es muy capaz de continuar, obras como *Su único hijo*, sospecho que no podré pegársele nunca, y que diga lo que quiera de su admirador y amigo

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

Orusco 1.º Agosto 1891.



A falta de asuntos de que tratar, los periódicos se ocupan ahora en discutir la próxima guerra europea que, según ellos, está al caer de un momento á otro.

Y todo se vuelve hablar de si España debe ayudar á Fulano ó ponerse enfrente de Mengano, ó guardar neutralidad completa. ¿No parece sino que del lado á que nosotros nos inclinemos caerá la victoria!

Hasta parece que un *journal* francés ha dicho lo siguiente:

«España podrá obtener Marruecos de manos del czar y de M. Carnot...»

¡Ah! Pero ¿Marruecos está en manos del czar?

Pues es la primera noticia que tengo.

Leo:

«El detenido, según parece, es una de esas personas que tienen el vicio de viajar.»

Hombre, no; viajar no es un vicio; será una manía, una costumbre, un capricho, pero ¿un vicio? ¿Por qué? ¿Es una cosa fea acaso?

Dice un periódico americano:

«No dudamos que el talento y los bastos estadios de la Sra. Carmen serán de grande utilidad.»

¿Nada? Pues le ha puesto usted la ceniza en la frente!

Y parece que una b no es nada.

Ante el juez:

—Estoy convencido y tengo pruebas de que mi mujer me ha engañado. La he sorprendido sola, de noche, con un hombre en nuestro cuarto.

—Diga usted que el que me engañó fué él; me dijo que se iba á Toledo por tres días, y se presentó de pronto en casa cuando no le esperaba nadie.

Es de tal condición Estefanía que salió de paseo el otro día llamativa, empolvada, tentadora; la tomaron por una vengadora y volvió reventando de alegría.

De una correspondencia de San Sebastián:

«No me corresponde á mí describir la playa.»

¿No? Pues es lástima, porque precisamente nadie la ha descrito todavía este verano, y queríamos nosotros saber á qué carta quedarnos.

¿A quién corresponderá el negociado de descripción de playas, Dios mío?

—¿A qué hora sale el último tren para Pozuelo?

—A las nueve y cuarenta y cinco.

—¿No podían ustedes dejarlo para las diez y media? Porque hasta esa hora tengo yo que hacer precisamente.

—No, señor; la salida es á la hora reglamentaria.

—Bueno, hombre; irá á caballo. ¿La compañía se lo pierde!

Libros:

De mi cochete se titula una lindísima colección de artículos que acaba de publicar nuestro ilustrado compañero y querido amigo D. Andrés Miralles. Campean en el libro la brillantez de estilo y la corrección de lenguaje características del distinguido redactor de *El Correo*, y le adornan muchos y buenos grabados de Carcedo. Cuesta 5 pesetas.

Almanaque civil de librepensadores, publicado por la casa editorial de Matarredona. Forman este almanaque para 1892 artículos y poesías de notables escritores é ininidad de dibujos de artistas reputados. Precio, 1,50 pesetas.

De la vida titula el Sr. D. Enrique Contreras y Camargo una colección de novelitas y cuentos, sentidos años, humorísticos otros y todos interesantes y bien contados, que es lo principal. Revela en este libro el señor Contreras gran dominio del idioma y profunda observación. Acompaña al libro un excelente prólogo de Federico Urrecha. Precio, 1 peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Lucifer.—No puedo ¡ay! aprovechar una línea siquiera.

Sr. D. M. L.—¡Caramba! Eso es un poco fuerte para un sacerdote... y hasta para un seglar cualquiera.

Un pobrecito.—Que ha perdido el tiempo lastimosamente.

S. Ka.—¡Vaya que es usted desahogado de veras! ¡Suponer que eso es una broma de buen gusto!

El barón de la lombarda.—No, aunque se me rasguen las entretelas del corazón, debo decir á usted que tampoco sirve...

Cachumeno.—V... á pesar de los pesares, no me gustan los cantares.

Ido.—No resulta el chiste, porque ¡quién sacia el apetito con aceite! Y ¡quién toma baños de asiento con el aceite de una acceitera!

El escamón.—Tiene poca gracia y no está apropiado el lenguaje.

Nové.—¡Atíza! No se puede decir una atrocidad más en crudo.

Sr. D. R. C.—Madrid.—Son bastante vulgares todos.

Yliana.—¡María Santísima, qué medianas son esas décimas!

El Madrileño.—«Que tristeza sentí anoche viendo á la que adoré tanto y á quien olvidar no puedo de otro hombre cogida del brazo...»

Ni el Espíritu Santo es capaz de saber á qué clase pertenecen esos versos. ¡Midamos bien ante todo, joven!

Sin vergüenza.—Efectivamente, no se puede leer eso sin que el rubor coloree las mejillas.

Sr. D. A. M.—No recuerdo haber recibido las que indica. La de hoy es de mal gusto. Y el cuento no es nuevo además.

Quintillas.—Mil gracias. Así deben ser las personas.

Candidato.—El caso es que usted no lo ha querido hacer pornográfico, pero resulta.

Ipodamo.—Ninguna de las dos es aprovechable.

Sr. D. F. A.—Con las de usted pasa lo mismo.

Prím-Frías.—No tiene nada de particular más que carecer de pies y cabeza.

Sr. D. L. A. S.—No me parece publicable ninguna.

Sr. D. L. C.—Madrid.—También esa moraleja me parece medianaja.

Montequilla.—¡Hombre! ¿Una elegía en un periódico festivo? ¿No puede ser, como usted comprende?

Ruido.—Pero, á pesar del demontre mismo y sobre todas las razones que usted quiera dar, siempre habrá una: la de que el periódico es mío y no quiero publicar en él lo que no me guste.

Novidades.—Es inútil que se dedique usted á hacer versos. No los hará usted en su vida. De modo que si quiere usted ahorrarse la cartilla semanal que anuncia...

Sr. D. A. M.—«Así pues yo madrileños

á todos vosotros digo:

tomar aguas por capricho

aunque no tengáis bolsillo.»

¡Tomal! Así también versificaba Fernando Vill!

Sr. D. M. L.—Cádiz.—Está ocaro... y huele á pornografía de la peor.

Mala letra.—La salida tiene gracia, pero es gracia verde. ¡Qué lástima!

Un chito.—¡Escribes poesías

en vez de hacer palotes?

¡Qué lástima de azotes!

Lat. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

TIRSO, MAYOR, 73



—¿Cuál es?
—La que usted quiera. A mí no me duele ninguna, pero he oído que sacan ustedes las muelas tan divinamente que vengo a tener ese gusto...



¡Quién tuviera la fortuna de salir de Caravaca, hacer el viaje en primera y en segunda comprar una americana de alpaca de las que vende PESQUERA! Magdalena, 20.

LAS TULLERÍAS



Yo como, yo bebo mejor que un inglés, y sólo me cuesta diez duros al mes.



—¿Qué es lo primero que harás cuando vuelvas de los baños?
—Lo que hago todos los años.
¡Comprar un bastón de GRAS!
Príncipe, 22, y Alcalá, 40.



Cuentan que en el lecho el Cid les dijo a sus servidores:
—¡Muero sin ver las mejores camisas que hay en Madrid!
Martínez, San Sebastián, 2.

LAS HIJAS DEL ZEBEDEO



A mi novio yo le quiero porque siempre me regala los perfumes que prefiero ¡prefiero!
¡prefiero! (1)

(1) Y son de la Perfumería Americana, Ego y Mina, 26.



El día que usted me quiera, remonísima Gregoria, me voy a volver tan chocho que le daré a usted entera la joyería de SORIA, Magdalena, diez y ocho.

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO
RESTAURANT.—Frente a la estatua de Espartaco.
Gran Parque para comer al aire libre. Salón para banquetes y bodas. Gabinetes independientes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se reciben encargos para dentro y fuera del Establecimiento.



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm 2.160.

VERSARLOS TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, a contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende a los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, a vuelta de correo.